

Tomaron por remedio la huida,
Haciendo grandes fieros, y diciendo:
«Mal nos ha sucedido la primera;
Mas tentaremos luego la segunda,
La cual daremos á cureña rasa,
Y será dentro de tercero día:
Entre tanto curad vuestros caballos,
Que nosotros haremos otro tanto
A estos que llevamos por delante.»
Que fueron tres ó cuatro, sin que parte
Fuesen para quitárselos entonces,
Por no podellos ver á los principios.

Pero Gaspar de Rodas y los suyos,
Como saliesen bien desta borrasca,
Habida su consulta determinan
Salillos á buscar antes que vengan;
Y así día siguiente caminaron
Cuarenta validísimos peones
Y Gonzalo de Vega por caudillo,
Soldado viejo bien acreditado,
De cortesanías partes, y en la guerra
No menos venturoso que valiente,
Con orden de pasar la contrapuesta
Quebrada Pequi, de la cual hereda
Y toma nombre toda la provincia.
Fuélos el general acompañando
Con veinte de caballo bien armados,
Quedando desta parte por reguardo
Y muro, si volviesen por ventura
Del bárbaro tumulto contrastados;
Porque pasar con ellos adelante
Erales imposible con caballos,
Por el impedimento de barrancas
Altas que perturbaban el pasaje,
Las cuales se lo dieron á peones
Cuando nocturna sombra los cubría,
Y con la misma fueron caminando
Hasta llegar al alto de una loma,
A cuyo pié después vieron un llano
Poblado de labranzas y apacible,
En cierta parte dél doce caneyes
O casas de vistosa compostura,
Moradas de los indios mas cercanos.

Allí, cuando la luz del sol doraba
De los escelsos montes las coronas,
Acometen diciendo: «¡Santiago!»
Andan lijeros piés y manos prestas
A recoger los bárbaros despojos:
Captívanse muchachos y mujeres,
Porque de gente para tomar armas
Muy pocos les hicieron resistencia,
Por se hallar absentes celebrando
Los tristes funerales de Sinago,
Que murió cuasi repentinamente,
Con intimo dolor de los vecinos,
Que de su gran valor y buen consejo
Tenian infalible confianza
En todas ocasiones belicosas;
Y así su falta se juzgó por todos,
A lo menos en esta coyuntura,
Por adversa señal y mal agüero.

Corrió la nueva pues por las labranzas
Cercanas, cómo pocos españoles
Entraron en el pueblo referido,
Y en breves horas, de mancebos verdes
Se convocaron mas de cuatrocientos
Que, como tigres fieros á balantes
Ovejas, acometen á los nuestros,
Y encienden luego sus pajizas casas
Segun y como tienen de costumbre
Cuando son infestadas de contrarios;
Unos hacían esto, y otros llenos
De flechas, dardos, piedras y de lanzas,
De que volando van nubes espesas,
Cercan el escuadron de los cristianos
Que, como gente diestra y animosa,
Defienden bravamente su partido
Y ofenden con las balas, cuyos vuelos
A muchos encaminan al infierno;
Mas todos ellos fueron poca parte
A reprimir la furia y el coraje
Que los movía, por lo cual convino

Volver con orden á tomar la loma
Antes que fuese de otros ocupada.
Fuélos siguiendo la caterva fiera
Hasta metellos en el angostura
Mas apropiada para su defensa,
Porque desdella mas seguramente
Se podían jugar los arcabuces
Con daño de los bárbaros fronteros
Que, como ya de tiros carecían,
Por habellos gastado con la priesa
Y obstinado furor con que vinieron
Y algunos estuviesen mal heridos,
Con pasos reportados se volvieron,
No sin intentos de tomar vengauza
De los que fueron causa de su pena,
Los cuales libres, sanos y contentos
Llegaron á dar cuenta de lo hecho
Donde Gaspar de Rodas esperaba;
El cual, habiéndose certificado
De las disposiciones de la tierra
Y el cómo de cosas necesarias,
Acordó de pasar allá su campo:
Había la quebrada de por medio,
Impedimento para los ganados,
Y para hacer paso conveniente
A Gonzalo de Vega le dió cargo
Con cantidad de indios y de negros,
Que con los necesarios instrumentos
Fueron apercebidos otro día,
Y treinta compañeros bien armados
Que les asegurasen las espaldas
Cuando pusiesen manos en la obra.

Salió con ellos, no con el orgullo
Ni con aquel semblante que solía
Cuando facilitando cualquier riesgo
A todos los movía y animaba,
Mas melancolizado y pensativo,
Con unos esperezos adevinos
Del trabajos fin y desventura
A do su duro hado lo llevaba,
Cuyo decreto desapiadado
Ejecutado fué por esta vía:

Antes de se llegar á la quebrada
Donde se concertó hacer camino,
Habían de pasar forzosamente
Por ciertos pajonales intrincados
De yerbas y de fructices diversos,
Con espesura tal y tan cerrada
Que fuera de una muy angosta senda
Con gran dificultad se caminaba,
Lugar dispuesto para que los indios
Pudieran dar algunos sinsabores;
Y el Gonzalo de Vega, conociendo
Esta disposición para su daño
A tales ocasiones obviando,
A los soldados dió lo siguiente:

«Amigos, en aqueste lugar ciego
Podrían indios y serán bastantes
A dar algun mortal desasosiego
A los inadvertidos caminantes:
Bueno será que le pongamos fuego,
Y anticipémonos nosotros antes,
Porque bien arderá por ser pajizo.»
Parecióles muy bien, y así se hizo.

Mas como lo pusieron de mañana
Y las mas altas ramas estuviesen
Entonces algo lentas del rocío,
La menudilla yerba solamente
Se iba por debajo consumiendo
Sin llegar á las zarzas y virgultos;
Al fin, visto ser vana diligencia,
Pasó delante con los compañeros
Al principal efecto de su cargo,
Y el misero no ve que deja puestos
Lazos adonde caiga cuando vuelva,
Como le sucedió; porque ya llanos
Los ásperos barrancos del arroyo,
Y á sus alojamientos revolviendo,
Llegan al pajonal, que todavía
Humeaba por partes diferentes,
E ya con la gran fuerza de la siesta
Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,
Por medio del prosiguen su camino
Con viento que por puntos refrescaba
Los soplos dél á las espaldas dellos:
Estos invalescieron de tal suerte
Que levantaron presurosas llamas
Cuya sonora tempestad y furia
Vuela y á mas andar los va siguiendo.
El Gonzalo de Vega que quedaba
En rectaguardia, como conociese
El riesgo y amenaza de la muerte,
A grandes voces dió: «Fuera, fuera,
Andar, andar, andar á parte rasa,
Porque si no tomamos la ladera
Con tiempo, nos haremos todos brasa.»

Huyen los delanteros velozmente,
Y él, como se quedaba rezagado
Por no dejar atrás alguno dellos,
Cuando quiso salir de la presura
Hallóse tan cercano de las llamas
Que tentó de saltar por medio dellas
Acia lo que quedaba ya quemado
Por ser lo mas seguro, confiando
De su velocidad y lijereza;
Mas el impetuoso torbellino
Como si fuera paja lo arrebató
Y vuela mas atrás, donde la nube
De la fumosa llama se tendía,
Dejándolo sin barbas ni cabellos,
Las manos, piés y rostros abrasados,
Ardiendo los vestidos, que quisiera
Rompellos y apartallos; mas no puede
El miserable darse tanta priesa
Que el fuego mas no fuese penetrando,
Segun al gran Alcides la camisa
Vestida por engaño del Centauro.

Pasada pues la fuerza del incendio,
Al son de sus lamentos y gemidos
Volvieron compañeros á buscallo,
Y con apresurada diligencia
Empapan las árdientes vestiduras
Con agua que tenían á la mano:
Las cuales resilhaban como cuando
En la ciscosa pila del hervero
Meten el instrumento caldeado;
Y sin parar, en unos y otros homibros,
Lo llevan al real por dalle cura,
En vano, pues un día solamente
Tuvieron vida los tostados miembros:
De que todos, por ser hombre bien quisto,
Manifestaron tierno sentimiento,
Y el general lo muestra mas acerbo
A causa de tenello por amigo,
El cual, después de dalle sepultura
Segun el tiempo y el lugar concede,
Determinó dejar aquel asiento
Y ranchearse donde mas propinuas
Tenga las ocasiones á que viene;
Cuyos sucesos varios contaremos
En el canto siguiente, Dios mediante.

CANTO SESTO.

En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequi, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz.

Segun sobre fortísima coluna
Se suele sustentar un edificio,
Y en tanto que ella dura no padece
Yactura, detrimento ni ruina,
Valor de un hombre solo también suele
Con las buenas industrias y consejos
Que tiene, conservar grandes estados;
Pero faltándoles este cimiento
Y estribo que la fabrica tenía,
Los miembros que una voluntad guñaba
Suelen en diferentes dividirse,
Y por tener diversas opiniones,
Unos y otros vienen á perderse,
Como la gente deste principado

De Pequi, con la muerte de Sinago;
De cuya voluntad y pareceres
Pendian todos los de los vecinos;
Pero como faltó, cada cual dellos
Quiso hacer cabeza de su juego,
Y así Gaspar de Rodas con su gente
Entró sin que hallase resistencia,
Antes Yutengo y Aramé su primo
Quemaron sus asientos y labranzas
Y con la gente que seguirlos quiso
Se fueron al partido de Carauta.
Los otros, que de mal se les hacía
Dejar sus casas y sus propiedades,
Aceptaron la paz que les pedían,
Debajo de la cual los españoles
Eran medianamente regalados
El tiempo que estuvieron en su tierra,
Que fué de tres semanas, porque luego
Fueron á la provincia de Norisco,
De grandes poblaciones, y abundante
De los mantenimientos necesarios,
Rica de telas de algodón y oro,
Cuyos caciques eran dos hermanos,
Que uno se llamaba Bayaquima,
Otro Tacujurango, ricos hombres,
Con otros principales que salieron
Ansimismo de paz, dando preseas
De sus preciadas telas y oro fino.

Allí pararon por algunos días,
A causa de ser tierra proveída;
Mas como Febo visitar queria
De los doce chatones el primero
El estrellado cinto que rodea
Toda la redondez oblicuamente,
Y entonces en aquellos hemisferios
Sabian que venian ya cercanos
Los procelosos nimbos del invierno,
A todos pareció que convenia
Pasar á la provincia de Itiango,
Do se remata ya la tierra rasa,
Por la rica noticia que les daban
Los indios principales de Norisco,
Diciendo ser la tierra de Itiango
Tal que satisfaría su codicia
Ansi de oro como de sustento;
Cuyos caciques eran caudalosos,
A lo menos Tecuce y Agrazaba,
Dos señores, hermanos valerosos,
Que los harian fácilmente ricos:
Esto decían todos, mayormente
Tacujurango que, con el deseo
De vellos fuera de su territorio,
Al general habló desta manera:
«Capitán, si pasares adelante,
Los tuyos no serán trabajos vanos,
Pues verás tierra rica y abundante
De bastimentos y dorados granos,
La cual afirmo que será bastante
Para poder llenaros ambas manos,
Porque demás de ser provincia bella
Es una pasta de oro toda ella.

»Traéis para poblar en buen terreno
Encaminadas vuestras voluntades.
Ninguno hallareis tal ni tan bueno,
Ni tan á punto las comodidades;
Por todas sus distancias aquel seno
Tiene las convenientes cualidades:
Alegre suelo, talantoso y alto,
Y que de sanidad nunca fué falto.

»De nosotros podrás asegurarte,
Ya que la paz habemos prometido,
Que se sustentará por nuestra parte
Con vinculo que no será rompido,
Antes en socorrerte y ayudarte
Aquí podrás tener favor cumplido:
Desto que digo no hallarás cosa
Que con razon la llames fabulosa.»
Esto certificó Tacujurango,
Y aunque no fué segun encarecía,
Los nuestros con aquellas buenas nuevas
Determinaron de hacer viaje
A la provincia que les alababa,

Con intenciones de poblar en ella,
Efecto grandemente deseado
De todos cuantos van en la jornada,
Que ya se prometían grandes rentas
Ansí de minas como de tributos
Impuestos á los indios que les diesen
Segun uso comun en encomienda.

Salió pues nuestra gente de Norisco
Con los caciques dél que la guiaban,
Los cuales, ó por no saber caminos
Mas apacibles, ó con mal intento,
Iban por salebrosas asperezas,
Riscos y peñascales, donde siempre
Andaban ocupados gastadores
Haciendo paso para los caballos,
Con tanta pesadumbre todas horas
Que no puede por letras explicarse.

Al fin en Itúngo los metieron
Adonde comenzaba lo poblado,
Cuya vista no fué de tanto gusto
Cuanto fueron los encarecimientos
De los que de Norisco los movieron,
Y así por no salir tan puntuales
Pusieron muchos dellos á recado,
Aunque se disculpaban con decilles
Estar mas adelante la grandeza;
Y aqieste desengaño dos soldados
Insignes lo tomaron á su cargo,
Que fueron descubriendo por las lomas
Hasta llegar á parte de do vieron
Un pueblo de cien casas populosas,
Cuyos confines, campos y repechos
Tenían buena copia de culturas,
Adonde por gozar de mejor sitio
El campo se pasó; pero los indios
Cuando los vieron ir no se tardaron
En convertir sus casas en ceniza,
Ansimismo talando las labranzas
Que les podían dar mantenimiento;
Lo cual fué causa de que padeciesen
Grave necesidad, y mayor fuera
Si no se socorrieran del ganado
Y fructa de aguacates que hallaban
En grande cantidad, cuya hechura
Es á similitud de pera verde,
Aunque mayor y de mas largo cuello,
De gusto simple cuasi de manteca,
Ningun olor, mas tales hay que tienen
El del anís, y su sabor el mismo,
Una pepita sola, y esa grande
Poco menos que huevo de gallina:
Es fruta sana, y es el arbor alto,
No muy hojoso, mas de buena vista.

Destos se sustentaron algun dia,
En tanto que caudillos diligentes
Que la tierra corrian por momentos
Descubrían asiento mas propicio;
El cual no se hallaba, porque todos
Estaban abrasados, y los indios
Dentro de las montañas comarcanas
En pueblos de sus deudos recogidos.
Y aqiesto visto por Gaspar de Rodas,
No quiso fundar pueblo por entonces,
Y aun opiniones hubo que decían
Haber sido su principal intento
Hacer que estas provincias acudiesen
A servir á la villa de Antioquia,
Por engrosar las suertes que tenía
Y otros particulares intereses,
No sin agravio de los que vinieron
A le favorecer en la jornada,
En confianza de que fundaría
Nuevos albergues do permaneciesen
Siendo señores de repartimientos,
Como lo suelen ser en estas partes
Aquellos que conquistan nuevas tierras.

Esta sospecha pues tuvo principio
De ver la dilacion y la tibieza
De un razonamiento que les hizo,
Cuya substancia fué la que se sigue:
«Carisimos amigos, claramente
Conoceis el engaño del viaje,

Pues todo lo hallamos diferente
De lo que dijo bárbaro lenguaje:
Páreceme ser cosa conveniente
Buscar invernadero y estalaje,
Pues seco tiempo no será bastante
Para poder pasar mas adelante.

» Estamos al remate del verano,
Cuando preparan ranchos y cabañas
Los que se temen del rigor cercano
De las molestas y lluviosas sañas;
Y así no tengo por parecer sano
Meternos de presente por montañas,
Aunque mas ricas y pobladas sean,
Pues ternemos sazon en que se vean.

» Salidos del compás de la zavana
Los caballos y yeguas y el vacuno,
Si se dice verdad, es cosa llana
Quel pasto que ternán será ninguno,
Y ayunará la gente castellana
Si le hacen á él estar ayuno,
Por ser como sabeis en los extremos
El principal recurso que tenemos.

» Hallareis otros mil inconvenientes
Los que ya conoceis las travesuras
Destas inmites y mudables gentes
Que no pierden las buenas coyunturas;
Y así con los amigos mas patentes
Las espaldas dejamos mal seguras,
Pues cuando muestran mas quieto pecho
Es para perpetrar algun mal hecho.

» Y con quien tiene tan ruines deijos,
Como sabemos ya por experiencia,
No tengo por seguro que á lo lejos
Determinemos de hacer ausencia,
Antes en puestos que les son anejos
Conviene que hagamos asistencia,
Pues cuanto mas cercanos á su planta
Tanto mas su braveza se quebranta.

» Mas aunque nos detengan los rigores
Del agua, no estaremos tan quietos
Que no vayan en tanto corredores
A descubrir sus casas y secretos,
Y vean qué lugares son mejores
Para poner en obra los concetos:
Mi parecer es este de presente,
Salva la correccion del que mas sienta.

Dijo, y á los de sanas voluntades
Párecieron razones concluyentes,
Y que su discursion y racioncinio
Era debajo de comun provecho;
Y así muchos dijeron que la traza
Que daba para todos era buena,
Mas los del nuevo reino de Granada
Confirmáronse mas en la sospecha,
Y ser todas aquellas dilaciones
A fin de no poblar, y que tiraba
A sus particulares intereses:
Aqiesto murmuraban muchos dellos;
Mas Francisco de Ospina cuerdamente
Por todos respondió desta manera:

« Señor, no me parecen mal fundadas
Las razones de vuestro parlamento,
Y basta para ser verificadas
Ser orden de tan buen entendimiento;
Pero las cosas bien examinadas
Se hacen con mayor acertamiento,
Por no ser tan cabal mortal aviso,
Que tenga siempre parecer preciso.

» No quiero reprobar parecer vuestro,
Porque me consta ser bien acordado
Buscar invernadero como diestro,
Antes que llegue tiempo destemplado;
Mas este sea para siempre nuestro
Y por su Majestad pueblo fundado,
Con diligencias fijas y bastantes,
Segun piden negocios semejantes.

» Porque con este mismo pensamiento
Dejamos nuestras casas y sosiego,
Y vos manifestastes tal intento
Al tiempo que cumplimos vuestro ruego;
No siento ni lo hay impedimento
Para que lo dejéis de hacer luego:

Haceldo; cumplireis con vuestro oficio,
Y á Dios y al rey hareis muy gran servicio.
» Todos lo piden, nadie lo defiende;
Hay de por medio buenas ocasiones,
Y es la principal cosa que pretende
Don Alvaro, que dió las comisiones;
Si alguno con sospechas os ofende,
Con esto se deshacen opiniones,
Pues verán que la suya fué siniestra,
Y quedará sin mácula la vuestra.

» Vuestra merced por tanto se declare
Y sin perplejidad nos encamine
A la resolucion que mas cuadrare,
Para que cada cual se determine;
Porque si de la nuestra discrepare,
Yo me quiero volver por donde vine
A mi reposo y á mi residencia,
Y desde luego pido la licencia.

» Dijo, y aunque se tuvo cumplimiento
Por el Gaspar de Rodas con Ospina,
No fué tan á su gusto que viniese
A declararse como se pedia;
Y así sobre volver á sus haciendas
Y al nuevo reino hizo tal instancia,
Que se le concedió libre licencia
Con veinte de los mas aventajados

A le hacer escolta, hasta tanto
Que lo dejasen ya fuera de riesgo.
Y así se despidió de sus amigos
Con intimo dolor de todos ellos
Y desconsuelo general del campo,
Por ser varon á todos agradable
Y de tal condicion que nunca supo
Negar favor á quien se lo pedia

Ni para hacer bien cerrar la mano.
Y desta causa cada cual hablaba
Contra Gaspar de Rodas, el cual viendo
Quedar toda la gente desabrida,
Por deshacer vafilocos concilios
Mandó que luego salga Juan Velasco,
Gran carillo del Francisco de Ospina,
Con cuarenta soldados diligentes

A descubrir el gran rio de Cauca,
Do cae la provincia de nutaves,
Bravísima nacion y rica de oro;
Ansimismo mandó por otra parte
Que saliese con veinte compañeros
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Gallego valeroso y esforzado,
Y del Ospina no menos amigo,

A descubrir el gran valle de Teco,
Y él se quedó con los mas impedidos
Y menos sospechosos en el campo,
Con lo cual como capitán prudente
Desbarató nubladas confusiones
De los que miden sin hacer discurso
La justicia y razon por sus antojos.

Dejando pues al Francisco de Ospina
En tierra que constaba ser segura,
Aquellos veinte que le fueron dados
Para seguridad de su persona
Al campo se volvieron con gran priesa,
Por la que se les daba por los indios,
Que fueron salteados á la vuelta:
Para satisfacion de su trabajo,
Y por sus buenas mañas y destreza,
Llegaron con salud y con ganancia.

Y el Francisco de Ospina ya llegado
Con otros á la villa de Antioquia,
Al gobernador hizo mensajero
Dándole cuenta de lo sucedido,
Y cómo fué su gasto sin provecho,
Porque Gaspar de Rodas atendía
A lo que le tocaba solamente,
Y que reconocido su diseño

Determinó volverse de menguante,
Lo cual sonó muy mal á los oidos
De su gobernador, y con enojo
Acordó revocalle los poderes
Y dallos á su hermano don Alonso,
Segun declararemos adelante
A tiempo que convenga, pues agora

Será justo volver á los que fueron
A descubrir las gentes de nutaves,
Y valle donde fué Rivadeneyra.

CANTO SETIMO.

Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra, en la provincia de los nutaves y valle de Teco.

De cuánto precio sea la templanza
Medida y regulada con prudencia
Para quietar alborotados pechos
Cuando de la razon pierden las riendas,
Bien se manifestó, segun dijimos,
En el orden que dió Gaspar de Rodas,
Pues con los ocupar en honorosos
Cargos, y dividillos en dos partes
Con gente de quien él se confiaba,
Cesaron confusiones arrojadas
A mas encarceradas pesadumbres.
Y así los dos caudillos que la parte
Seguian del Ospina, convencidos
Del cortesano término que tuvo
El general haciendo confianza
De sus personas en aquel viaje,
Con animos quietos y obedientes
Siguió cada cual dellos su derrota.
Y el Juan Velasco, por aquel paraje
De montañas do viven los nutaves,
Prosiguió su camino hasta tanto
Que vió las aguas del potente rio
De Cauca y una puente de bejuocos
A la cual le llamaban los antiguos
Españoles la puente de Aberunco,
Asaz nombrada, pero los modernos
Puente de Negueri, por un cacique
Guerrero que después allí vivía,
Le llaman de presente: desde donde
En la contraria banda descubrieron
Ameno valle de zanas rasas
Por una y otra parte bien poblado,
Y cuyas apariencias eran tales
Que deleitaban los humanos ojos,
Deseosos de ya ver tierra clara;
Porque los territorios circunstantes
Por una y otra parte son montañas,
Aunque pobladas y de gente rica,
Por razon de las minas que poseen,
Que son en gran manera caudalosas.

Al raso pues adonde dieron vista
Le llamaron el valle de la Vieja,
Por una que prendieron en la puente,
Mujer negociadora que tractaba
Por aquella comarca como muchas
Viudas allí tienen de costumbre;
Mas, en aquel viaje, de sus tractos
Otros arrebataron la ganancia
Quitándole preseas que valían
Arriba de mil pesos de buen oro.
Y si por cambio dellos algo dieron
Sería bofetones el retorno,
Porque les diese largas relaciones
De lo que la provincia contenía,
Y ella les declaró por cosa cierta
Ser su prosperidad engrandecida,
Pero los moradores belicosos
Y prestos siempre para su defensa.
Lo cual se mostró bien, pues en sabiendo
Venir en su demanda los barbudos,
Cargó tal multitud sobre los pocos,
Que de comun acuerdo concertaron
Irse con buen aviso retrayendo
Al castellano campo (donde dieron
Enteras relaciones de lo visto)
Dentro del tiempo que les señalaron,
Lo cual Rivadeneyra nunca hizo,
Porque tomó mas dias de demora
De los que se le dieron limitados,
De donde resultó qué y los suyos
Corriesen grande riesgo de la vida
Habiéndoles cabido buena suerte

A los principios, sin tener zozobra,
A causa de que entraron en el valle
A hora que los ojos ocupaba
Nocturna quietud y blando sueño;
Y así prendieron gran copia de gente,
Y al principal cacique de la tierra
Con todas las preseas y caudales
Que tienen hombres ricos, sin sospecha
De ser acometidos y asaltados;
Mas no supo gozar desta ventura
Por esperar á la tener mas llena
Rogado del cacique, que le dijo:
«No cumple, capitán, tan brevemente
Hacer esta mudanza ni desvío,
Si quieres buen rescate desta gente
Y salir de miseria con el mío,
Porque lo daré tal que te contente,
Y demás desto todo buen avío,
Como dos ó tres dias mas esperes
Para llevar el oro que quisieres.»
Ya saben cómo estoy aprisionado
Mis amigos, mis deudos y herederos,
De los cuales estoy bien confiado
Que vernán ellos ó sus mensajeros
A dar dentro del tiempo señalado
Por mi rescate copia de dineros;
Y á truco de llevar mayor ganancia,
Dos dias mas es breve la distancia.
Esto dijo debajo de cautela
Aquel astuto bárbaro, y el otro
Vencido de cudicia, comun lazo
En que caen los hijos deste siglo,
Creyó la falsedad del enemigo,
De quien aun la verdad es sospechosa,
Pues es de presumir cuando la dice
Ser para dar sazón á sus engaños;
Y así llegada ya la madrugada
Del día que esperaban la riqueza,
Acometióles tempestad horrible
De flechas, piedras, dardos y macanas,
Y tan apresurado torbellino
Como viento tifónico revuelve
Cuando con mas furor se precipita
Y de sus soplos fuertes impelidas
Las cosas ponderosas van volando:
De tal manera que los españoles
Fueron de sus asientos removidos,
Atentos todos ellos solamente
A las seguridades de sus vidas,
Sin dárseles lugar á que retengan
La presa de captivos ni despojos,
Antes en momentánea distancia
Fueron desposeidos, y aun dejaron
Algunas cosas mas que ellos traian,
Juzgando por grandísima ventura
Escapar con las armas en las manos,
Con cuyos presurosos golpes hieden
Cabezas y andan miembros palpitando
De los que quieren mas aventajarse
En aquel furioso rompimiento.
Adonde sin temor de las respuestas
A dura resistencia se abalanzan,
Mas no sin el castigo sanguinoso
Que sacan los que llegan á las manos,
Que no quieren atarse ni rendirse
A la disposición de las contrarias;
Porque con los aceros afilados
Y violentas pilulas de plomo
A muchos entregaban á la muerte,
Y á los demás templaban el orgullo
Para que no llegasen tan sin freno
A los que caminaban retrogrados
A su campo, mas no tan libremente
Que no les fuesen siempre dando caza,
Sin que cesasen de una y otra parte
Los jáculos y tiros salitrosos,
Y sin que con obscuro ni con claro
Les diesen un momento de reposo,
Hasta llegar cercanos al asiento
Adonde el general los esperaba.
Cuyos oídos como percibiesen
El estampido de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traian
Y despachó socorro de soldados
Que llegaron á buena coyuntura
A los que deseaban el presidio,
Porque demás de que venian faltos
De municiones para defenderse,
Estaban muchos dellos mal heridos,
Y mas el capitán Rivadeneyra,
A quien en las horribontas refriegas
Dieron cinco flechazos peligrosos,
Y todos se juzgaban por perdidos
A no llegar la gente de refresco;
Pero con su favor fué rebatido
El bárbaro tumulto brevemente,
Y sanos y heridos españoles
Llegaron á su campo, donde fueron
Con la posible cura reparados,
Cortándoles las carnes lastimadas,
Y con ardientes hierros las heridas
Quemadas fuertemente, porque pierda
El veneno mortífero la fuerza,
Por ser de los antidotos aqueste
El que se tiene por mas eficaz.
Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco
Recurso de comida en Itúango,
Y comenzar las aguas del invierno,
Determinó, por ser mas proveida,
Volver á la provincia de Norisco;
Y así para buscar gente de carga
Salió por capitán Andrés de Soria
Con treinta compañeros bien armados,
El cual en breve tiempo trajo mucha
Gente de los confines de Agrazava.
Y este cacique, como no pudiese
Quitar la presa por salirse fuera
El Soria brevemente con el salto,
Vino de paz con otros principales,
Y al general le dió copia de oro,
Así por amistad y vasallaje
Como por redempcion de sus captivos
Que llevaron las cargas á Norisco;
Donde hasta pasar el hiemal curso
Tuvieron sitio bien acomodado,
De cosas necesarias proveido
A las espensas de Tacujurango.
Salió luego Pineda con cincuenta
Soldados animosos al castigo
De Techo, por aquel atrevimiento
Que tuvieron y queda declarado;
Y como fueron bien apercebidos
Y en ajenas cabezas avisados,
Tomaron á su gusto la venganza
Sin que bárbara mano les ofenda
Ni pueda resistir á la cristiana.
La cual, después de Techo castigado,
Rompió por la provincia de Cúisco
Y por Araque y valle de Túingo,
Que las corrientes del Cenú visitan
Y hacen rico con dorados granos,
Cuyas impetuosas aguas vienen
De Carauta, Itúango, Geracuna,
Y guían con aumento su carrera
Por Guacuñeco, Nitáná, Pubio,
Peberé y otras tierras montuosas
De naciones crúeles indomables
Y de riqueza que es inestimable
Por los veneros prósperos que tiene
El húmido compás destas montañas.
Cuyos secretos deseaban todos
Hacer deste viaje manifiestos;
Y así, sin atender al limitado
Tiempo que se les dió para la vuelta,
Preguntaron á indios de Túingo
Cuales provincias eran mas pujantes
En oro y en vecinos, de las cuales
Pudiese resultalles mas provecho,
Porque les dejarán sus casas libres
Y luego partirán en su demanda:
Los indios, ó por ser sus enemigos
Los que vivían á los nacimientos
Del río del Cenú conmemorado,
O por enemistad continuada

Que tienen á las gentes españolas,
Callaron la verdad, diciendo: «Pobres
Son todas las provincias adyacentes
A las marinas ondas y riberas;
Mas á las cabezadas deste río
Hallareis poblaciones opulentas,
Y gozareis de próspera ventura;
Que tal es la que tienen sus vecinos
En quietud y ocio, porque nunca
Allí llegaron gentes extranjeras
Que sus ricos caudales disminuyan.»
Fueron aquestas nuevas apacibles
A nuestros españoles, y dejando
Abajo lo que mas les convenia,
Siguiéron la derrota de Carauta,
Espacio de tres dias de camino
Por páramos y riscos levantados
De tierra frigidísima y helada,
Que la hacia mas intolerable
La pluviosa fuerza del invierno.
Hallaron buen abrigo, porque luego
Les salieron de paz los moradores,
Aposentándolos benignamente
Con todos los regalos y caricias
Que podia hacerles gente pobre;
Pero de los soldados por ventura
Algunos indios fueron agraviados,
Pues que por un atajo no sabido
De nuestros españoles, que pensaban
Estar prolijas leguas de su campo,
Fueron al general á dar querellas
Contra los que hicieron el agravio;
Y por Gaspar de Rodas entendida
La razon y la parte donde estaban,
Después de halagar los querellantes,
Despachólos con cartas, por las cuales
Al Pineda mandaba que se vuela,
Y á los demás que no le reconozcan
Por capitán, ni pasen adelante,
Sino que luego, pues están cercanos,
Procuren de venir á su presencia.
Abreviaron los indios el camino
Y dan las cartas á los descuidados
De recebillas, donde presumian
No poderse tener noticia dellos;
Pero sin rehusar el cumplimiento
De lo que les mandaba, se partieron
Por el camino breve que los indios
Usaban en los tractos de Norisco,
En aquel tiempo via peligrosa,
A causa de pasar por un altura
De tierra rasa, fria, despoblada,
Que páramo llamamos comunmente,
Do corren insufribles ventisqueros,
Imbríferos y tales que traspasan
Sus pluviosos soplos las entrañas,
De donde resultó quedarse yertos
Y sin vital calor doce sirvientes,
Y á dos ó tres soldados cuya ropa
Era de poco tomo, por librallos
Del áspero rigor del viento y agua,
Los fueron á gran prisa vareando
Para les dar calor, por ser remedio
En tal necesidad con que se escapan
Algunos deste gélido rocío.
Al fin saliendo desta destemplanza
Llegaron á Norisco, temple grato,
Donde del general y los amigos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del río del Cenú por el abajo,
Cuya noticia que tenían antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y así pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destruimos soldados y animosos,
Los cuales ya llegados á la parte
Donde Pineda tuvo ranchería,
Bajaron por orillas de aquel río;
Y en menos de dos dias de jornada
Descubren generosas poblaciones
Que se continuaban por espacio
De mas de veinte leguas, tierra fértil,
De saludables aires y apacible.
Ampollada de cerros sin montañas,
Sino zavanas llenas de culturas.
Dieron en los primeros moradores,
Incautos, sin sospechas deste daño,
Adonde recogieron manos prestas
Chaguas y otras joyas de oro fino,
Y demás desto cantidad de ropa
De tela de algodón y otras preseas
Preciadas entre bárbaro gentío,
De maíz casas llenas, y cecinas
De puercos, jabalies y venados,
Abundancia de sal y de pescado,
Diversas fructas y regalos otros
Que producen las tierras abundantes;
Y con aqueste cebo procedieron
Por esta poblacion continuada
Dos ó tres dias mas, y como viesen
Quedar á las espaldas mucha gente,
Antes que se convoquen los vecinos
Derramados en varias granjerías
En aquella sazón, determinaron
De se volver con esta rica presa
Al castellano campo, donde fueron
Con aplauso solemne recibidos,
Así por los despojos que traian
Como por la razon que se les daba
De lo que la provincia prometia,
A la cual unos y otros anhelaban;
Y así Gaspar de Rodas pidió votos
Para fundar ciudad en Itúango
En parte conveniente, y en asiento
Cuya comodidad correspondiese
A lo lejano y á lo mas vecino;
Y de conformidad de todos ellos
Escogieron el sitio que diremos
En el octavo canto que prometo.

CANTO OCTAVO.

Donde se tracta de la fundacion de la ciudad llamada San Juan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caravajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento
Apolo visitaba la doncella
Con sus dorados rayos influyendo
Secas operaciones con templanza,
Y en estos hemisferios comenzaban
Los apacibles dias del verano,
Gaspar de Rodas con sus españoles
Salió de la provincia de Norisco
Y en Itúango puso sus banderas;
Donde después de tantear la tierra
Y aquellos términos que pretendia
Hacer anejos á la nueva planta,
Parecióle ser sitio conveniente
La parte que llamaban Paramillo,
Que distaba dos leguas poco menos
Del rapidísimo río de Cauca,
Y allí fundó ciudad en obediencia
Del máximo monarca don Filipo,
Con nombramiento de San Juan de Rodas,
Porque el del fundador fuese notorio
A la posteridad en aquel suelo:
Lo cual fué por el año de setenta,
A diez dias andados de setiembre.
Nombrado pues cabildo y regimiento
Y hechas las comunes diligencias,
Con día, mes y año, segun suelen
Hacerse semejantes fundaciones,
Revolvió sobre Pequi é Ibijico,

Provincias más cercanas de Antioquia,
 Para mas subyectar los moradores
 Y dalles á entender cómo tenían
 De dar el vasallaje y obediencia
 Al prepotente rey de las Españas,
 Y acudir con demoras y tributos
 A quien por él les fuese señalado;
 Y cuando lo de Pequi visitaba
 Con el intento que tenemos dicho,
 Recibió cartas de los de Antioquia,
 Por las cuales avisan que venia
 Para tomalle cuenta de lo hecho
 El don Alonso, como ya tractamos
 En las quejas de Francisco de Ospina:
 Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
 Volvióse con la gente que tenia
 Al nuevo pueblo que dejó fundado,
 Y repartió la tierra por soldados,
 Según lo que juzgó de cada uno,
 No tan á gusto de conquistadores
 Que no dejase muchos descontentos,
 Por ser cosa comun en tierras nuevas
 El querer cada cual ser preferido,
 Y es imposible que el humano seso
 Vaya tan regulado y advertido
 Que se pueda medir con el de todos
 En cosas de interese, mayormente
 Cuando de pundonor llevan mistura.
 Aumentóse también aqueste odio,
 Porque las suertes y repartimientos
 De Pequi é Ibijico no se dieron
 A los del pueblo de San Juan de Rodas,
 Antes á Santafé las adjudica,
 Tomando para sí lo mas granado,
 Porque según parece fueron antes
 A los vecinos della repartidos.
 Puestas en estos términos las cosas
 Que por su voluntad se disponian,
 El Rodas se partió para su casa,
 Dejando su poder á Juan Velasco
 De justicia mayor y de teniente,
 Con orden que dejasen aquel sitio
 Y en el valle de Teco se plantase
 El nuevo pueblo con el mismo nombre,
 Porque le pareció ser mejor puesto
 Para su duracion y permanencia,
 Y ser el sitio donde fundó pueblo
 Años antes el don Pedro de Heredia,
 Que duró poco, como queda dicho
 En lo que se tractó de Maritúe,
 Del cual salieron pocos con la vida,
 Y entrellos el buen padre Juan de Frias.
 Allí pues se mudó con descontento
 De muchos que con estas pesadumbres
 Determinaron de hacer ausencia,
 Hurtándose por via fugitiva
 E yéndose la vuelta de Antioquia;
 De donde resultó que los de Pequi
 Matasen al pasar por su provincia
 Algunos españoles principales,
 Que tales fueron un Gonzalo Verde
 Y Alonso Maldonado, dos soldados
 Indignos de remate tan acerbo;
 Pero Gaspar de Rodas llegó salvo
 A Santafé, do fué bien recibido
 De todos sus amigos y vecinos,
 Quejoso de don Alvaro, diciendo
 Que en pago de servicios señalados
 El cargo le remueve y enviaba
 Juez que le tomase residencia;
 Mas aquesta cesó, porque le vino
 Entonces al don Alvaro la suya,
 Y habia para gobernar la tierra
 Llegado don Hierónimo de Silva,
 Y en la misma sazón y coyuntura
 El Andres de Valdivia, de la corte,
 Con el gobierno dentre los dos rios:
 El cual, como ya queda declarado,
 Siendo por Lucas de Avila movido
 Y á sus espensas propias aviado,
 A costa de quien dél se confiaba,
 Trajo gobernacion ya desmembrada

De la de Popayán, como la vemos.
 Fué su llegada pues mes de febrero
 Y por el año de setenta y uno
 A Santafé, la villa de Antioquia,
 Adonde presentó las provisiones
 Que por su Majestad le fueron dadas;
 Y aunque las condiciones declaraban
 Que no cayesen en gobierno suyo
 Los lugares poblados de españoles
 Ni de los bárbaros pacificados,
 De tanta fuerza fueron sus astucias,
 Caricias y promesas á vecinos,
 Que lo reconocieron en la villa
 Por su gobernador, y los del pueblo
 Recién fundado de San Juan de Rodas,
 Sobre lo cual después ovo litigio
 Entré y don Hierónimo de Silva
 En la real audiencia deste reino,
 Que no fué por entonces difinido,
 Porque luego Valdivia, con deseo
 De conservar la gente que quedaba
 En aquel pueblo de San Juan de Rodas,
 Y en trance peligroso, por ser pocos
 Para se defender de las provincias
 Que estaban alteradas nuevamente
 Con menoscabo de los españoles,
 En Juan Velasco hizo nombramiento
 De justicia mayor, y envió gente,
 Ganados, municiones y pertrechos,
 Entre tanto que con mas aparato
 Entraba su persona por la tierra,
 Con lo cual se animaron y salieron
 A castigar á Pequi, do mas daño
 Con simulada paz habian hecho;
 Y así los españoles con silencio
 Nocturno dieron en los delincuentes,
 En los cuales tomó cristiano marte
 Venganzas á medida del deseo:
 Prendieron al cacique, y un mancebo
 Gallardo y animoso, fué de siete
 Soldados en un patio rodeado,
 El cual con la macana ponderosa
 Con tal brio y valor se defendia
 Que espíritu maligno no pudiera
 Poner en tal aprieto tantos buenos:
 Espadas rebatia, y en pedazos
 Hace volar escudos y rodetas,
 Lastima y ahuyenta, hace plaza
 Como si con anépite montante
 Diego García de Paredes fuera;
 Los nuestros, ya confusos y corridos,
 Por una y otra parte perseveran
 Los unos y los otros, hasta tanto
 Quel joven orgulloso fué rendido;
 Y aquellos españoles, con la saña
 Y enojo que tenían de que un indio
 Así los ojease con sus golpes
 Y á muchos lastimase con el palo
 Por pechos, por espaldas y cabeza,
 Le dan innumerables cuehilladas,
 Y con agudas y aceradas puntas
 Espesas estocadas á porfía,
 Pero ninguna hizo mas efecto
 Que plumas derramadas por el viento,
 Tanto que muchos dellos sospechaban
 Que debía de ser algun demonio;
 Y como tanto hierro no fué parte,
 Tentáronlo matar por otra via,
 Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,
 De quien memoria hice muchas veces,
 De compasion movido por ventura,
 Por no ver espectáculo tan duro, dijo:
 «Señores, es trabajo vano
 Aquesa diligencia que se intenta,
 Pues no puede perder este pagano
 La vida por herida violenta:
 Miradle bien las rayas de la mano
 Los que con ciromancia teneis cuenta,
 Y vereis que bañó miembros viriles
 En las estigias ondas como Aquiles.
 »Y pues que fué por Tetis encantado
 De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado
 En él no hizo mella ni rotura,
 Disponga dél su favorable hado,
 Y váyase con Dios y su ventura:
 Terná bien que contar del captiverio,
 Y nosotros también deste misterio.
 Esto dijo con buenas intenciones,
 Mas contra ellas Gavilán discanta,
 Diciéndole: «También hay opiniones
 Quel gran Aquiles no mojó la planta,
 Y así no bañaria los talones
 Este, ya que bañase la garganta,
 Y allí conviene que hagamos prueba,
 Porque con tanto brio no se mueva.»
 Al fin se le cortaron los garrones
 Y orejas, porque fuese conocido;
 Y si de doce meses á esta parte
 No es muerto, todavía permanece
 A nuestra fe cristiana convertido.
 Con aquesto de Pequi se salieron
 Y se volvieron á San Juan de Rodas,
 Adonde consumieron hartos meses
 En guerras de los indios comarcanos,
 Hasta tenellos un poco quietos;
 Mas ellos no por esto se quietan,
 Antes como quedase Juan Velasco
 Con grandes aficiones á las tierras
 Confinés al Cenú, que descubrieron
 Cuando por las riberas de aquel rio
 Bajó con los cuarenta compañeros,
 Determinó volver con menos gente
 Por no dejar el pueblo sin recado,
 Y así bajó con treinta solamente,
 Hombres de quien podia bien fiarse,
 En trances arriscados y en consejo,
 Con seis caballos y otros tantos perros,
 Cuyas entrañas impías estaban
 En las de gente barbara cebadas,
 Y acostumbrados á los rompimientos,
 Donde suelen hacer mortal estrago,
 En tanto grado que sulfúrea bala
 Ni jara despedida de ballesta,
 Entre los indios no se teme tanto,
 Aunque necesidad suele mostralles
 En repentino salto la defensa,
 Que es dalle cebo con siniestro brazo
 Y descargar el diestro con la maza,
 Desmenuzando cascos y quijadas
 Del incauto lebrél que sin reguardo
 Fajó con el gandul apercebido,
 Y así queda por cebo hartas veces
 De aquellos en quien él suele cebarse.
 Llegaron pues los treinta compañeros
 Con estas prevenciones á las tierras
 De Cúisco y Araque y Guacucevo,
 Donde los naturales con fingida
 Y simulada paz los recibieron,
 Y donde con los dones ordinarios
 Tuvieron generoso cumplimiento;
 Pero las muestras iban aforradas
 En falsas y dañadas intenciones,
 Encaminadas á les dar la muerte,
 Para lo cual se fueron convocado
 Todos los principales de la tierra;
 Mas la fiel Inés, india ladina,
 Criada de Alvar Sanchez, un soldado,
 Intérprete cabal de aquella lengua,
 Con otras desta tierra conversando,
 Coligió por preñeces de palabras
 Haber algunos pérfidos conciertos,
 Y en la prosecucion de sus preguntas
 Enteramente fué certificada
 Del número de gente que venia,
 El dia del conflicto y en la parte
 Que la bárbara turba se congrega:
 De todo lo cual fué por esta moza
 Su señor Alvar Sanchez avisado,
 Y este soldado, como bien rompió
 Y destas amistades sospechoso,
 A los demás habló desta manera:
 «Señores, nunca tuve buen conceto
 De la mucha llaneza desta gente,

Ni lo debe tener quien es discreto
 En venir á la paz tan fácilmente,
 Siendo cualquiera dellos inquieto,
 De soberbia cerviz y dura frente;
 Y esta sospecha mia corrobora
 Lo que quiero decir y oíreis agora.
 »Tengo noticia, no por fantasías,
 Sino por verdaderas relaciones,
 Que de todas aquestas seranias
 Se van juntando bravos escuadrones:
 Y los que nos regalan son espías
 Que nos descuidan con sus ilusiones
 Y apariencias de llanos pensamientos
 Para mejor salir con sus intentos.
 »Y si quereis en juegos semejantes
 Ganar la mano, que es lo mas seguro,
 Podeis muy bien, si dais en ellos antes,
 Que por su parte llegue trance duro;
 Pues para lo hacer somos bastantes
 Si les acometemos con obscuro,
 Mayormente que hoy desta cautela
 Ningun bárbaro dellos se recela.
 Este parecer fué del Alvar Sanchez,
 Y á todos pareció consejo sano,
 Porque demás de ser el mas seguro,
 Ranchearan allí ricos despojos,
 De que los indios tienen abundancia,
 Por ser inestimable la riqueza
 De que gozan aquellos naturales:
 Mas Juan Velasco, como pretendia
 Ganar fama y honor por ser primero
 Que hacia de paz estas provincias,
 Tuvo por cosa desproporcionada
 Pagar las buenas obras recibidas
 Y beneficios con alevosía;
 Y así contradiciendo sus razones,
 Les dijo: «Caballeros, cosa fea
 Seria para gente tan cristiana
 Perturbar con excesos de pelea
 La paz que se nos da de buena gana;
 Demás desto, no cumple que se crea
 Cualquier susurro ni hablilla vana,
 Pues muchas veces salen los efetos
 Contrarios de sospechas y concetos.
 »Error es que por cierto se celebre
 Quanto suele herirnos el oído;
 Y aunque sea verdad que de tal fiebre
 Bárbaro morador esté herido,
 Por parte de nosotros no se quiebre
 La paz que les habemos prometido,
 Pues mas tenido es á no rompella
 Quien mas conocimiento tiene della.
 »A la guerra veníamos volando,
 Y en ella se hiciera gran instancia,
 Si no halláramos hospicio blando
 Y á gusto del deseo la ganancia;
 Tenemos, si se fueren maleando,
 Los mismos brios, armas y substancia:
 Lo que entonces pusiéramos por obra
 Haremos si llegare la zozobra.
 »Pero seríamos muy mal contado
 Si comenzamos antes que comiencen,
 Por habernos á todos regalado
 Con obras que los buenos se convencen:
 De nuestra parte no se les ha dado
 Ocasión para que se desvergüencen:
 Solo resta vivir con vigilancia,
 Y que nos mejoremos en estancia.
 »Bajémonos al valle de Nitana,
 Pues dista de nosotros poco trecho:
 Gozaremos allí de tierra llana
 Y ternemos lugar mas á provecho;
 Si vinieren, quizá vernán por lana
 Y volverán pesantes de su hecho:
 Aquesto me parece que se ordene,
 Y allá veremos lo que mas conviene.
 Aquesto dicho, convocó los indios
 Del pueblo donde estaban alojados;
 Y con intérprete que declaraba
 En idioma dellos sus palabras,
 Gran rato les estuvo predicando,
 Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,
 Universal señor del Mundo-Nuevo
 Y de otros muchos reinos y provincias,
 El cual, como católico cristiano,
 Con ardiente deseo de que todos
 Se salven y ninguno se condene,
 A ellos les mandó venir agora
 A les mostrar certísimo camino
 Por do puedan subir á las alturas
 De Dios, donde los bienaventurados
 Están gozando de perpetua gloria
 Y gozarán sin fin, porque guardaron
 La regla de sus santos mandamientos
 Y conocieron ser un Dios inmenso,
 Trino en personas y en esencia uno,
 Y causa de ninguna dependiente,
 Antes universal, de quien dependen
 Todas las causas, y el autor que hizo
 El cielo, tierra y mar y lo criado,
 Y cuantas cosas vemos y no vemos,
 Y el hombre para que gozase dellas,
 Al cual hombre también hizo de nada,
 Y dió capacidad y entendimiento
 Y el albedrío libre, con que haga
 Buenas ó malas obras libremente,
 Pero quien mal hiciere con su pena,
 Y aquel que bien obrare colocarlo
 En las eternas sillas de su gloria;
 Y que en aqueste Dios omnipotente,
 Que es sumamente sabio, justo, bueno,
 Habían de creer y dalle siempre
 Cánticos á su modo de alabanzas,
 Servillo, bendecillo y adorallo,
 Y no como lo hacen á las cosas
 Que fabricaron ellos con sus manos,
 Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,
 Ríos ni fuentes, montes ni lagunas,
 Pues eran todas estas criaturas
 Que Dios había hecho por el hombre,
 Y todos bendecían y adoraban
 Al mismo por quien ellas fueron hechas,
 Que es el Dios en quien creen los cristianos,
 Y que creyesen que esto que les dice
 Era pura verdad, sin haber dolo
 Ni mezcla de mentira ni patraña,
 Porque lo principal de su venida
 Es á los instruir y sacar fuera
 De las tinieblas ciegas de ignorancia,
 Donde el demonio los tenía presos
 Para llevar sus almas al infierno,
 Lo cual conocerían claramente
 Cuando viniesen otra vez á vellos
 Y á declaralles esto mas despacio,
 Porque agora no pueden detenerse
 Por cumplilles pasar mas adelante.
 Para lo cual rogaba que les diesen
 Hombres que les llevasen el bagaje,
 Y les encomendaba que tuviesen
 La paz y el amistad inviolable,
 Pues ellos ansimismo prometían
 De selles para siempre favorables,
 Y defender sus casas y sus tierras
 De cuantos intentasen ofendellos.
 Con esto concluyó su parlamento,
 Pero los bárbaros, en sus inicuos
 Intentos pertinaces y obstinados,
 Por palabras humildes y apariencias
 Fingidas, manifiestan ser muy bueno
 Aquello que les dice y amonesta,
 Y que lo cumplirán como lo manda;
 Y así le dieron luego para carga
 Ochenta robustísimos gandules,
 Que cada cual llevaba su macana,
 Costumbre suya cuando van cargados,
 Para que la molestia del camino
 Con el báculo sea menos grave,
 Mas agora con otro fin se mueven,
 Y era para valerse contra ellos
 Cuando viesen sazón y coyuntura,
 Segun que ya tenían acordado.
 Partieron pues, y fueron caminando
 Hasta cierta quebrada montüosa,

Donde los esperaban encubiertos
 Mil y quinientos hombres bien armados,
 Y al tiempo que pasaban sin sospecha
 Del riguroso trance repentino
 En avanguardia dieron los salvajes
 Con impetu terrible y espantable:
 Rompen los aires las horrendas voces;
 Ocupan el camino los tostados,
 Jáculos de veneno proveídos;
 Este cae y aquel va traspasado,
 Otros andan á brazos con la muerte
 Y al cabo se despiden de la vida,
 Porque quien de los unos se hurtaba
 Con el valor y fuerza de sus manos,
 Mas adelante halla quien le roba
 Espiritu vital y gallardía.
 Como quien naufragó cerca de puerto
 Dejando ya la nave sumergida
 Do muchos perecieron, y él se vale
 De sus robustos brazos, y nadando
 Trabaja por llegar á la ribera
 En busca de salud y de remedio,
 Pero la mar de tumbo lo contrasta
 Y lo detiene hasta que perece:
 Así los mas mañosos y esforzados
 Salidos de un reuentero hallan muchos
 Donde se remató su valentía;
 Cayó desta manera Fernán Sanchez,
 Francisco de Moron, Andrés García,
 Tocino, Cañas, Antonio Fernandez,
 Fernando Ramos, Gavilán, Saboya
 Y otros nueve soldados escelentes
 Que cumplieron el número de quince,
 Y los del batallon no fueron parte
 Para tener los indios de las cargas,
 Que cada cual huyó con su carguío
 Llevándoles el oro rancheado
 Con ropa de vestir quellos traían;
 Y Juan Velasco, que la rectangularia
 Traía, como viesse tanto daño
 Y el desastrado fin que lo amenaza
 Si no hacia mas que lo posible,
 Puso los ojos en el alto cielo
 A Dios pidiendo fuerzas y socorro
 Para poder salir desta presura,
 Y recogidos los que vivos quedan
 Con aquestas palabras los anima:
 «Ea, señores, que si valentía,
 Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña
 Quereis perficionar, hoy es el día
 Y el colmo de la mas alta hazaña:
 Rompamos, que yo quiero ser la guía,
 Y acordaos que sois hijos de España;
 Tened de Dios enteras confianzas,
 Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»
 Aun no bien acabó de decir esto,
 Cuando con otros dos en los caballos
 Que les quedaban vivos baten piernas
 Pegados á las ancas los peones
 Y sus ladinos indios de servicio,
 Los unos á los otros reguardando,
 Y siendo de los perros ayudados
 Rompen por el opuesto remolino
 De bárbaros astiles y macanas,
 Con furiosa rabia traspasando
 Robustísimos pechos de salvajes,
 Hasta que ya tomaron la ribera
 Cercana del Cenú, donde hallaron
 En las barrancas una casa yerma,
 En la cual luego se hicieron fuertes
 Y con los fulminosos arcabuces
 Del áspero furor se defendieron,
 Hasta que ya la noche sobrevino,
 Y los indios con miedo de los perros
 Durante la tiniebla se quedaron
 Gran trecho de la casa desviados,
 Pero velándolos, porque hacían
 Cuenta que ya llegada la mañana
 Con carne de la gente baptizada
 Habían de hacer solemne fiesta;
 Y así cierto cacique, que Tirrome
 Era su nombramiento, desdeñando

CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Quando por movimientos de la tierra
 El edificio queda mal parado,
 Los próvidos y cautos moradores
 Suelen con presurosa diligencia
 Apuntalallo lo mejor que pueden,
 Y tienen el aviso necesario
 Para que no les coja descuidados;
 Y así considerando Juan Velasco
 Estar el suyo para dar en tierra
 Si gran solicitud y vigilancia
 Faltaba de por medio, por ser pocos
 Los moradores dél, pues no pasaban
 De treinta y dos varones de pelea,
 Y mucha la pujanza de los indios
 De quienes sospechaba que vernían
 A dar algun asalto y alborada
 Por saber que vinieron de vencida
 Y muchos señalados hombres menos,
 Y querrian tentar, viendo la suya,
 Desarraigar aquella nueva planta,
 El por la sustentar y estar á punto
 Tenía las posibles prevenciones,
 Pero faltábale mantenimiento,
 Falta que los caciques mas cercanos
 Suplian por temor mas que por gana;
 Pero como después de aquella rota
 Quedasen menos blandos que soberbios
 Y no les acudiesen provisiones,
 Vivian en grandísima penuria,
 Y así determinó que parte dellos
 Saliesen á buscar algun sustento,
 Con orden que volviesen brevemente
 Por quedar en gran riesgo los restantes;
 Y otro día después del que salieron
 Estaban de concierto dos caciques,
 Guacuce y Catiburi, con su gente
 De dar en la ciudad y destrulla,
 De que todos estaban ignorantes.

Salieron pues los quince por comida
 Distancia de tres leguas, y hallaron
 En un pueblo pequeño tanta copia
 Cuanta bastaba para su deseo,
 Sin hallar resistencia ni contraste,
 Porque los moradores dél estaban
 Con todos los demás de aquella junta
 Prestos para salir en su demanda
 A dar en los cristianos otro día,
 Y desta causa se quedaron solas
 Las mujeres y niños en sus casas,
 Las cuales como viesan españoles
 Huyeron á los bosques mas cerrados;
 Y estando con intento los cristianos
 De reposar allí toda la noche
 Porque llegaron algo fatigados,
 Una de aquellas indias abscondidas,
 Quizá de buen espíritu movida,
 Se vino para ellos y les dijo:

«Y ¿qué haceis aquí, nacion cristiana,
 Bien como si viniédeses á bodas,
 Teniendo ya la muerte tan cercana
 Al albedrío destas gentes todas?
 Creed sin duda que darán mañana
 En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,
 Y si no volveis hoy con piés livianos
 Verneis unos y otros á sus manos.»
 Caminad sin ningun detenimiento
 Esto que resta de la luz del día,
 Y no pareis por el impedimento
 Caliginoso de la noche fria;
 Y para que veais que yo no miento
 Me llevareis en vuestra compañía,
 Porque quiero, por las cosas que he visto,
 Tomar la santa fe de Jesucristo.»
 Oidas las razones que creyeron

Del Dios que les había predicado,
 Con otras amenazas le decía:

«¡Ah Velasco! ¿qué tal está tu seno
 Y los de tus amigos y parientes?
 Agora que de angustias estás lleno
 Quiero con gran aviso parar mientes
 Si tu Dios que predicás ser tan bueno
 Te libra de mis manos y mis dientes:
 Dile que te dé alas con que vueles,
 Antes que desollemos vuestras pieles.
 »Porque si no, mi dios se determina
 Que tú con esos pocos compañeros
 Desollados entreis en mi cocina
 Para saborear nuestros gargueros,
 Y satisfeca nuestra golosina
 Manda henchir de paja vuestros cueros
 Y que por vuestro dicho temerario
 Estén colgados en su santuario.»

Al tiempo que estas duras amenazas
 Percebían los pocos españoles,
 Unos dellos estaban muy alerta
 Velando, y otros dellos hacen balsas
 De palos que sacaban del buhío
 Para se dejar ir el agua abajo
 Hasta llegar á parte mas segura;
 Las cuales, como fuesen ordenadas
 No sin apresurado movimiento
 Y aquellas ligaduras no tan fuertes
 Cuanto con quietud suelen trabarse,
 Después de se embarcar amos y mozos
 Dejando los caballos á sus anchos,
 A poco trecho yendo navegando
 Quebráronse las flacas ataduras,
 Dividense los palos, y quedaron
 Los unos y los otros en el agua:
 Allí la confusion y la revuelta,
 Dolor, temor, fatiga, desatiento,
 Tragos amargos, aliccion, angustia,
 Sordo rumor, sin nadie desmandarse
 A levantar la voz, porque de fuera
 La muerte de quien huyen esperaba,
 Y dentro la tenían ya presente;
 El agua que tomaron por amparo,
 Esa los desarmó de todo punto
 Llevando las pesadas á su centro,
 Y escudos y rodelas arrebatada
 Encaminándolos tras de sus ondas,
 Y el que por ellas sabe menearse
 Procura de valerse de sus brazos
 Para salir á tierra, mas dos dellos
 En las profundidades se quedaron
 Y algunas indias buenas juntamente.
 Salieron los demás á la ribera
 En agua y en angustias empapados,
 Sin armas, sin comida, sin vestidos
 E ya de todo bien desamparados;
 Mas en el mismo punto se metieron
 Por un espeso bosque, sin que nadie
 Quiera mirar por otro ni lo espere,
 Antes el que mas puede mas camina
 La vuelta de su pueblo, que distaba
 De aquestas poblaciones veinte leguas;
 Y así llegaron en diversos dias,
 Descalzos, desgarrados, consumidos
 De hambre, de mosquitos, garrapatas,
 Pero contentos en salir con vida
 De trances tan pegados á la muerte:
 Al fin allá quedaron diez y siete
 Con mas de ochenta piezas de servicio,
 Y la fiel Inés, de quien se dice
 Que viva la partían en pedazos
 Y hablando con ella la comían,
 Con otros cinco de los españoles
 Que vivos los cayeron en las manos,
 Adonde se hicieron crueldades
 De ninguna nacion imaginadas;
 Y aun no se contentó la fatal dea
 Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,
 Pero con otro no menos acerbo
 Está con gran furor amenazando,
 Segun declararemos en el canto
 O llanto de su muerte desastrada.